



Hombres e igualdad de género en las situaciones de emergencia

Carlos Güida Leskevicius

Expresiones de las masculinidades en las situaciones de emergencia

La literatura sobre catástrofes socio-naturales demuestra la necesidad de apoyar a poblaciones vulnerables: mujeres, niñas y niños, personas con discapacidades y/o con determinados padecimientos. El papel que desempeñen los hombres en situaciones de emergencia, desde la perspectiva de género, es crucial para prevenir riesgos pre y post desastres, apoyar la reconstrucción social y de infraestructura; así como generar nuevas oportunidades de relacionamiento social.

La mirada de los hombres en situaciones de desastre se asocia a su integración a las fuerzas uniformadas, a su rol de líderes políticos, o “jefes de familia”. Se construyen imágenes que pueden mostrar valores encarnados en los hombres, como lo son la solidaridad, el sacrificio, el trabajo en pos de “los más débiles”. Pero uno de los problemas es que pueden exacerbarse imágenes estereotipadas sobre los varones y los modelos de masculinidad hegemónica: hombres demostrando su poder ante mujeres y otros hombres “no privilegiados”.

Al modelo del hombre fuerte, saludable, que ostenta recursos en la emergencia (puede ser el acceso y la regulación ante el agua, alimentos, medicinas, refugio) se contraponen el del hombre que no tiene “poder”, generalmente jóvenes y adultos que no gozaban de una situación privilegiada antes de la emergencia. En ocasiones los hombres que actúan basados en un poder previamente adquirido o a partir de la catástrofe, pueden abusar de diferentes formas de sus comunidades, al extorsionar o “negociar” el acceso a dichos recursos, tanto ante mujeres u otros hombres.

Carlos Guida Leskevicius: Doctor en Medicina. Universidad de la República. Uruguay. Profesor Adjunto del Área Salud – Facultad de Psicología de Universidad de la República. Miembro del Comité Asesor de Development Connections. carlosguida@hotmail.com y GuidaC.AdvBoard@dvcn.org

Es decir el “empoderamiento masculino” puede oscilar entre el ejercicio de un liderazgo democrático que comparte con otros hombres y mujeres o ser la puerta para el abuso basado en la fuerza y los privilegios ya impregnados por la cultura local y potenciados en la catástrofe.

Es reconocida la dificultad que atraviesan muchas niñas y mujeres al ser víctimas de violencia – entre ellas la violencia sexual – perpetrada por hombres y las consecuencias en las esferas de la salud sexual y reproductiva y la salud mental de las víctimas; además de la enorme carga simbólica para todas las mujeres.

Las actitudes y prácticas de los hombres en situaciones de emergencia responde no sólo al proceso de socialización recibida en la infancia y la adolescencia, a la (des)valoración sobre las mujeres y “lo femenino” como parte del ordenamiento simbólico, sino al aval social tácito o explícito que pueden contener otras culturas que interactúan cuando existe un desastre.

Implicaciones de las expresiones de masculinidad en situaciones de emergencia para procesos de reconstrucción después de desastres socio-naturales

Un ejemplo de lo antedicho, se refleja en una nota periodística sobre la catástrofe haitiana, posterior al sismo de enero de 2010.

“Tras 19 días de ayuda y descoordinación ha tenido que ser la ONU con su Programa Mundial de Alimentos, quien imponga un poco de sensatez. Desde el domingo diseñó 16 puntos de distribución y asignó cada uno de ellos a una ONG de probada trayectoria. Los voluntarios de cada ONG acuden cada tarde a los campamentos que se encuentran a dos kilómetros a la redonda de su punto de distribución, preguntan por los líderes vecinales y empiezan a repartir cupones entre las mujeres. Sólo entre ellas. Al día siguiente, se presentan en el punto las mujeres con su vale. Cada día se visita un barrio distinto y cada día el cupón cambia de color. El camión siempre espera en los mismos 16 puntos. Y la comida va de las manos negras de los voluntarios haitianos de cada ONG a los brazos negros de las haitianas. Los blancos se limitan a coordinar.

“Menos mal que son sólo ellas, las mujeres, quienes recogen los alimentos. Porque la situación es muy tensa y ellas son mucho menos violentas que los hombres”, explica Ciril du Pre, miembro de la organización Acted y responsable del reparto en el estadio. Los alambres de espino en la entrada principal, la presencia de una tanqueta blanca de la ONU y los más de 100 cascos azules argentinos y uruguayos que flanquean la cola hacen pensar que en cualquier instante puede armarse la bronca. “Eso nos pasó la semana pasada frente al palacio”, explica el teniente Suárez. “La gente, después de esperar horas veía que se agotaban los sacos y empezó a ponerse violentos. Pero lo bueno de este sitio es que la cola está fuera y el camión dentro. La gente no ve cuándo se agota”.

Después de repartir más de 1.650 sacos de 25 kilos de arroz con su bandera de Estados Unidos, con los que comerá una familia durante al menos 15 días, el teniente Suárez le plantea un problema a Ciril du Pre:

-Ya no hay más mujeres con cupones y aún nos sobran 100 sacos. ¿Qué hacemos?

-Esperamos cinco minutos más y cerramos.

Los de fuera no ven que quedan 78 sacos por repartir. Y cuando los cascos dicen “Finito, finito, se acabó, c'est fini”, aún quedan tres o cuatro mujeres que aparecen con sus cupones rojos. “Pero así es la vida”, explica Ciril du Pre. Los sacos sobrantes irán al almacén de la ONU.”

Extractado de El País de Madrid **FRANCISCO PEREGIL (Enviado especial)** - Puerto Príncipe - 03/02/2010. http://www.elpais.com/articulo/internacional/Puerto/Principe/empieza/sonreir/elpepuint/20100203elpepuint_15/Tes

Una lectura de esta nota nos permite percibir:

- Que la imagen que prevalece sobre los hombres haitianos de escasos recursos es su violencia.
- Que no existen aspectos positivos a destacar sobre los hombres haitianos con relación a la distribución de alimentos para sus comunidades y familias, más allá de quienes operan como los voluntarios.
- Que no existe participación de la comunidad haitiana sobre el control de los recursos alimenticios ni las decisiones que les afectan (al menos en este caso).
- Que los hombres que han quedado viudos con hijos/as cargo o con sus parejas discapacitadas, no cuentan en la distribución de vales.
- Que las mujeres son las encargadas de administrar la alimentación de las familias, ¿incluyendo a los hombres? - sin cuestionarse qué puede suceder en las relaciones familiares. ¿O acaso la violencia doméstica cede en las emergencias?
- Que los hombres descritos en la nota, investidos de poder institucional y del poder de las armas, son quienes constituyen un ejemplo de masculinidad (hegemónica), mientras que los voluntarios locales aparecen realizando las tareas de “apoyo”.

Parece impensable que quienes distribuyan los alimentos sean mujeres, que sean haitianas, que conozcan a sus comunidades y que el apoyo manual lo realicen los varones de la cooperación. Esto demuestra, entre otras posibles miradas, que tan acendrados están identidades y roles desde la perspectiva de género.

UNFPA plantea que, en la distribución de alimentos “la experiencia demuestra que la ayuda alimentaria es más probable que lleguen a las personas que lo necesitan cuando las mujeres se encargan de su distribución. Las mujeres tienden a ser conscientes de las necesidades de las familias en particular, incluidos los hogares encabezados por mujeres. Al poner la ayuda alimentaria en manos de las mujeres también se reduce la corrupción y la explotación sexual”.

Y esta evidencia contiene, al igual que otros diagnósticos sobre la situación de las mujeres en los desastres socio – naturales, dos aspectos a destacar. Por un lado, la certeza sobre las dificultades específicas de las mujeres en situación de crisis. Ello no puede ser atribuido a la *esencia* de lo femenino, sino a la construcción histórica - cultural de las relaciones de género. Si las mujeres encuentran especiales vulnerabilidades, es debido fundamentalmente a la desventaja social en las que se encuentran. De lo contrario, sería colocar a las mujeres como vulnerables, frágiles, menos capacitadas *per se*. Algunos discursos apelan a esta fragilidad de las mujeres, a la vez que restringen su participación en la elaboración de las respuestas políticas y sociales. Y por otra parte se las destaca como muy capaces de ejercer determinadas tareas para las cuales poseen habilidades y destrezas. En todo caso, parecen ser un vehículo para la sobrevivencia del núcleo familiar y de los niños en especial. Una mujer de por sí, no parece tener mayor valor si no cumple roles vinculados al ciclo reproductivo y /o al rol de cuidado doméstico/comunitario en muchas de las intervenciones sociales que hemos analizado.

Es lo que ha sido descrito desde mediados de los años 80, como el Enfoque Mujer en el Desarrollo. Enfoque criticado por expertas en planificación estratégica y diversos movimientos de mujeres, por ser una mera instrumentalización de las mujeres. Si se congelan los discursos con respecto a las diferencias, las necesidades y los roles de mujeres y varones en el apoyo en la emergencia, los estereotipos se refuerzan. Y los cambios sólo se verán en la satisfacción de algunas de las necesidades básicas. Pero, habría que prestar atención al empoderamiento de las mujeres, desde la perspectiva de género y apuntando al Enfoque Género en el Desarrollo.

Un ejemplo interesante de cómo tener presente la dimensión de género, lo hace el Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos, UN- Hábitat, a través de la publicación Recopilación de Herramientas para la Gestión Local del Riesgo (2007), al promover **Mesas Locales Participativas en Gestión Integral del Riesgo**, las cuales “permiten el desarrollo de mecanismos sostenibles de participación en la gestión local del riesgo y el manejo de la información para la toma de decisiones. La información y acceso a la toma de decisiones provocará el impulso hacia el empoderamiento de los grupos sociales más vulnerables (en términos no sólo ambientales, sino en lo social y lo político también), promoviendo mecanismos más equitativos de gestión del municipio”. La publicación plantea algunas consideraciones al respecto:

ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO A GÉNERO

La Mesa Local de Gestión del Riesgo es una instancia participativa y representativa de los diversos actores locales y con presencia local. Se habla de vulnerabilidad de género para expresar situaciones en que las mujeres, por razones culturales, viven situaciones más desventajosas en relación con las que viven los hombres.

Reconocer las diferencias en la cotidianidad de la vida de las mujeres y de los hombres, es clave para que los procesos de gestión del riesgo a nivel local realmente incorporen y atiendan las necesidades de las mujeres.

A continuación se sugieren algunos aspectos que deben ser tomados en cuenta para una gestión del riesgo más efectiva:

1. Garantizar la participación de las mujeres, considerando el nivel y multiplicidad de responsabilidades que tiene a nivel productivo y reproductivo.
2. Promover su participación significa crear las condiciones para ello, considerando niveles diferenciados de empoderamiento de los hombres y de las mujeres, que requiere una mayor motivación para que expresen sus ideas y necesidades.
3. Eso implica además, una puesta metodológica incluyente, que incorpore, valore y visibilice las especificidades de las mujeres. Esto tiene que ver con muchos aspectos desde el lugar y hora en que realiza una reunión o actividad; la persona que coordina, si es hombre o mujer, podría limitar la participación de las mujeres si imperan patrones rígidos que le impiden participar, expresarse o entrar en contacto con varones; las actividades y la técnicas que se utilizan, si inhiben o promueven su participación activa.
4. El abordaje del riesgo y la vulnerabilidad en la planificación local debe considerar las especificidades en la vida de las mujeres, de los hombres, así como de las relaciones ínter géneros.
5. Lleva a propuestas de acción integrales que incluyen intereses y necesidades de las mujeres y de los hombres en relación con el riesgo y la reducción de la vulnerabilidad.
6. Genera un proceso de ínter aprendizaje entre géneros e intra géneros sobre las afectaciones diferenciadas del riesgo y la vulnerabilidad, que conlleva a una gestión integral y equitativa que beneficia al conjunto de la población local, de sus mujeres y de sus hombres.

Fuente: Ileana Ramírez Quirós, Coordinadora Programa UN-Hábitat Costa Rica.

Apoyando la reconfiguración de las identidades de género en situaciones de emergencia

Una tarea importante es promover que varones jóvenes y adultos se hagan cargo del trabajo que implican las tareas el cuidado de niñas y niños, apuntando a superar los prejuicios sobre las capacidades de cuidado de los varones. Ello implica un trabajo a mediano y largo plazo, que desafía a:

-
- Reconocer positivamente ante y por parte de las comunidades, a los varones que cuidan y educan a sus hijos e hijas y otros niños/as.
 - Reafirmar con imágenes (pinturas, pequeños afiches, de acuerdo a los materiales disponibles) a varones de las comunidades afectadas resaltando a aquellas actitudes y prácticas que apoyan a sus parejas y menores a cargo.
 - Integrar alternativas a los juegos populares ya la cultura local, y en diálogo con mujeres y varones, aspectos vinculados al ejercicio de la paternidad afectiva y responsable.
 - Interactuar profesionalmente ante las instituciones (espacios educativos, espacios sanitarios, etc.). para que refuercen mensajes afirmativos sobre la paternidad, promoviendo la equidad de género en sus intervenciones.

Por otra parte, es imprescindible evaluar críticamente el impacto afectivo – vincular, sanitario, político y cultural que puede tener la irrupción en las comunidades afectadas de hombres, portadores de otros modelos de masculinidad. Señalamos a continuación algunos aspectos a tener muy en cuenta:

- Varones armados de fuerzas internacionales y nacionales ejerciendo tareas de cuidado, de protección y/o represión.
 - Varones integrantes de misiones de reconstrucción que cubren las demandas básicas (alimentos, vivienda, medicinas), mientras los varones de las localidades y la valorización/desvalorización correspondiente.
 - Varones que ejercen violencia de género y/o sexual pertenecientes o no a las comunidades afectadas y la necesidad imperiosa de mecanismos para la prevención para mujeres y niñas (acceso a servicios cercanos a las casas, disponibilidad de kits para la atención en caso de violencia sexual).
-

- Varones líderes locales y su forma de ejercicio de liderazgo y las concepciones sobre lo que implica ser hombre, ser mujer y sus derechos.
- Varones que no pueden ejercer tareas de cuidado y proveer a sus familiares por consecuencias físicas, psíquicas y sociales a partir del desastre, los cuales pueden necesitar cuidados.

Es necesario elaborar estrategias que justiprecien las diferentes situaciones de las culturas locales, e intenten promover los cambios hacia la equidad de género, racial y generacional. Los desastres, a pesar de las pérdidas, también pueden ser una oportunidad para crear las bases de nuevas relaciones de género.

Una publicación de ISDR (2007), “Gender Perspective: Working Together for Disaster Risk Reduction Good Practices and Lessons Learned”, contiene aprendizajes motivadores para quienes entienden que la perspectiva de género es relacional, que las mujeres han adquirido culturalmente una vasta experiencia para resolver situaciones de crisis y que este capital no siempre es bien valorado por la cooperación, que los varones son susceptibles de integrarse a modalidades democráticas de gestión, abriendo la participación a las mujeres en condiciones de igualdad.

Asimismo, pueden tomarse como ejemplos, las diferentes propuestas de gestión de riesgo, mapas de vulnerabilidades, diagnósticos comunitarios, planificación estratégica con el objetivo de visibilizar, problematizar y proponer:

- La incorporación efectiva de la perspectiva de género en todas las fases de la intervención y proyectando a corto y mediano plazo
 - El involucramiento real de los varones en todas las iniciativas, desde la perspectiva de género y derechos.
-